

Generaciones, escuelas y maestros en mi derrotero intelectual (ensayo de Egohistoria)*

Por Teodoro HAMPE MARTÍNEZ

A GRADEZCO AL COLEGA Wilfredo Kapsoli y al Centro de Investigación de la Universidad Ricardo Palma por la gentil invitación a participar en este seminario titulado *Paradigmas de la historiografía peruana*, y celebro mucho que se haya tomado esta iniciativa de reunir a un grupo de estudiosos de la historia peruana y latinoamericana en el actual contexto de cambio de milenio y de siglo. Estamos, sin duda, ante un momento de lo más propicio para intentar hacer un balance, un “situacionamiento” respecto del lugar que actualmente ocupa la historia, el estudio del pasado, en el contexto de las ciencias humanas y sociales de nuestro país y ver también qué deficiencias se notan, qué avances se han logrado y cómo se puede mejorar todo esto para los tiempos por venir.

Empezaré por hacer una llamada de atención referente a la carencia de estudios, de libros, monografías, artículos y tesis, dedicados al tema de la historiografía en Perú. Yo mismo, para elaborar esta disertación o ensayo de *egohistoria*, he revisado ante todo mis propios apuntes y los sílabos o programas de cursos universitarios que he dictado en Lima y algunos otros lugares, tratando en ellos de historiografía, de pensamiento y de teoría histórica. Así puedo constatar, entonces, el estado de atraso en que se halla Perú respecto de otros países de América Latina, que han avanzado mucho más en la tarea de investigar y cuestionarse el papel que cumplen la historia y la historiografía en sus respectivos medios intelectuales.

Para el caso peruano contamos con un conjunto (breve) de ensayos y artículos individuales, producidos a lo largo del siglo xx, en los que se han tocado escuelas, generaciones y ciertos autores en particular. Sin embargo, no contamos —como es el caso de México o de Venezuela, por ejemplo— con una escuela o corriente continua de estudios historiográficos.¹ Yendo a lo testimonial, puedo relatar mi

* Ponencia ofrecida en el seminario internacional *Paradigmas de la historiografía peruana*, organizado por la Universidad Ricardo Palma, en Lima, el 5 de octubre del 2000.

¹ Con respecto de Venezuela, podemos citar el esfuerzo que realiza la Escuela de Historia de la Universidad de los Andes, en Mérida, donde desde 1999 se publica la revista *Historiográfica*, a cargo del Grupo de Investigación sobre Historiografía de Venezuela, coordinado por Ali Enrique López Bohórquez y en México la Universidad Iberoamericana que publica la revista *Historia y Grafía*.

reciente experiencia en la Universidad de Chicago, adonde fui invitado para participar en un coloquio internacional sobre historia intelectual y tuve la suerte de conocer a un colega mexicano, Guillermo Zermeño Padilla, que es justamente uno de los abanderados de los estudios historiográficos y que actualmente es profesor e investigador en el Colegio de México.²

Con este colega mexicano, y con otros académicos participantes en el evento de Chicago, discutimos sobre la manera como se recibe y se ha recibido en los países latinoamericanos la cultura del “Primer Mundo”, procedente de Europa y Norteamérica, o sea, de los centros donde mayormente se han creado las escuelas, doctrinas e ideologías. Estas propuestas teóricas han sido asimiladas, reapropiadas diríamos mejor, de acuerdo con nuestros propios intereses y nuestras propias condiciones. Pero resulta evidente que carecemos en América Latina, por lo menos en este campo historiográfico, de propuestas originales, de formas encaminadas al mejor conocimiento de nuestra realidad y que no tienen por qué estar calcadas ni copiadas —aunque sí inspiradas— en modelos provenientes de afuera. Así es que el problema de la recepción y la aparente “dilación” en la asimilación de corrientes extranjeras, europeas y norteamericanas, es un punto muy importante, que debemos tener en cuenta.

1. Los factores subjetivos en la historia-relato

Los organizadores del seminario en la Universidad Ricardo Palma me han pedido que haga un relato testimonial de mi propio derrotero como historiador. Emprendo, pues, con esta singular motivación, un ensayo autobiográfico o de *egohistoria*: algo que se hace más difícil de lo que a primera vista parece, pues solemos generalmente evadir el ejercicio de introspección y examen de nuestro propio camino intelectual. Como historiadores, y como científicos en general, estamos tentados a hablar de otros objetos, de otros referentes, a los cuales nuestra investigación se aproxima con la mayor minucia posible, tratando de analizar todas las causas u orígenes, la evolución del problema y sus efectos o repercusiones, pero nos quedamos por lo general en ese “otro” ajeno a nosotros.

² En el referido evento de Chicago, “Turning Points” (auspiciado por la International Society for Intellectual History), Guillermo Zermeño Padilla presentó una comunicación titulada “Ranke in Mexico: the professionalization of history, a century later (1920-1960)”, el 24 de septiembre del 2000.

Sin embargo, este fenómeno no debería seguir así, ni de hecho tiene mucho sentido, ya que nosotros como científicos sociales estamos situados—incluíblemente—dentro de un contexto: un contexto personal en primer lugar, pero también político, ideológico, económico, social, material, académico, institucional etc. Se trata de la serie de condiciones a las cuales se subordina nuestra lectura o representación del pasado, nuestro trabajo científico en el sentido más amplio. Y sabemos perfectamente que no hay investigación aséptica, ni siquiera en las llamadas ciencias “duras” (matemáticas, físicas o naturales), pues en la propia selección del tema va toda una carga subjetiva, seguida por quién va a financiar el trabajo, por qué se financia, a dónde se piensa conducir, por qué caminos se llevan las hipótesis y cómo se desarrolla la investigación. Entonces, todos los elementos que integran la metodología del trabajo intelectual—sea cual fuere la disciplina—están contaminados de condicionantes individuales y sociales; hecho que se hace aún más perceptible en el campo de las ciencias del espíritu, que se hallan tan vinculadas al quehacer político, la generación de doctrinas, los movimientos partidarios etcétera.

Aquí quisiera referirme a Michel de Certeau (1925-1986), el distinguido investigador y pensador francés, que remarca la distinción entre las dos dimensiones de la historia, lo que en alemán se resuelve con la bisección entre las palabras *Geschichte* e *Historie*.³ La primera corresponde al nivel de los hechos en sí, aquellos que forman la trama de la historia (como revoluciones, batallas, sucesiones presidenciales, congresos, y también movimientos de precios, movimientos sociales, movimientos de ideas, modas, cambios en la vida cotidiana, la alimentación, la dieta, el vestido etc.). Todos estos elementos forman parte de la historia-objeto, a la cual nosotros pretendemos acercarnos, pero que sólo adquiere sentido cuando la aprehendemos.⁴ Pero hay una segunda dimensión de la historia, más interesante a los efectos de la presente disertación, que es la historio-grafía (*Historie*), vale decir, la escritura sobre el pasado más o menos lejano.

Es así que cuando yo digo que “hago historia”, no me refiero a que estoy construyendo una parte de la historia que luego se repetirá y conocerá por todos, sino que estoy modestamente rescatando unos trozos del pasado, tratando de plasmarlos de manera inteligible. La

³ Véase Michel de Certeau, *La escritura de la historia*, México, Universidad Iberoamericana, 1985, cap. I, s.v. “La historia, discurso y realidad”.

⁴ Puede decirse que la historia yace o está allí, de la manera más neutra posible. Si nosotros no nos aproximamos a tal o cual cerámico (vestigio del mundo antiguo o prehispánico), a tal o cual documento, a tal o cual hoja de periódico, o a cualquier otro testimonio del pasado, la historia no queda reconstruida.

historia es, según el feliz concepto de Lucien Febvre (1878-1956), comprender y hacer comprender.⁵ Por lo tanto, primero procuraré entender para mí mismo, dentro de la maraña de acontecimientos, una secuencia lógica, y luego comunicaré eso que yo he aprehendido a mis prójimos, mis interlocutores, mis colegas, mis alumnos. El segundo nivel de la historia es un nivel discursivo (ya sea escrito u oral), que pasa por la comunicación, la publicación y la divulgación.

Aquí conviene citar a Certeau, quien pone en claro tales nociones en su libro, o compilación de ensayos, *La escritura de la historia*:

Si recapitulamos todas estas aportaciones, la situación de la historiografía nos presenta la interrogación sobre lo real en dos posiciones muy diferentes en el proceso científico: lo real como *conocido* (lo que el historiador estudia, comprende o “resucita” en una sociedad pasada) y lo real como *implicado* por la operación científica (la sociedad actual a la que se refieren la problemática del historiador, sus procedimientos, sus modos de comprensión y finalmente una práctica del sentido). Por una parte, lo real es el *resultado* del análisis y, por otra, es su *postulado*. Estas dos formas de la realidad no pueden ni eliminarse ni reducirse la una a la otra. La ciencia histórica se apoya precisamente en su relación mutua. Su objetivo propio es el desarrollo de esta relación en un discurso.⁶

Esta cita me parece fundamental, pues expone nítidamente la doble dimensión de la historia, señalando el vínculo que une recíprocamente a uno y otro nivel. Pero dejemos de lado el terreno de los acontecimientos, los factores y los movimientos del pasado y fijémonos en el relato o discurso que nosotros, los historiadores, construimos.

En los últimos tiempos se ha venido hablando cada vez más de la importancia de hacer inteligibles nuestros propios puntos de partida, sin dejar este tema al libre albedrío de quienes nos lean o escuchen, o vayan a seguir nuestros pasos intelectuales. Se trata de entender, por ejemplo, por qué un Jorge Basadre tiene esa visión positiva, optimista de la historia de Perú (*problema y posibilidad*), y por qué otro historiador, como Alberto Flores Galindo, tiene una visión negativa, marcada por el azote del terrorismo que sufría Perú en los años ochenta, antes de su prematura muerte (*tiempo de plagas*).⁷ No hemos de limi-

⁵ Lucien Febvre, *Combates por la historia*, Barcelona, Ariel, 1970; véase especialmente el artículo “Contra los jueces suplentes del valle de Josafat”.

⁶ Certeau, *La escritura de la historia* [3], p. 53.

⁷ Jorge Basadre, *Perú: problema y posibilidad (ensayo de una síntesis de la evolución histórica del Perú)*, Lima, F. y E. Rosay, 1931; Alberto Flores Galindo, *Tiempo de plagas*, Lima, Caballo Rojo, 1988.

tarnos a dejar esas trazas para que otros vengan después y estudien nuestra obra a su manera. Hagamos el intento de ponernos frente a la audiencia y responder: ¿por qué hacemos esta historia y por qué estamos implicados en tal o cual perspectiva?

De aquí deriva la necesidad de la autobiografía intelectual o, como se ha dado en llamar últimamente en la historiografía europea, sobre todo italiana y francesa, la “egohistoria” (*ego-histoire, storia di vita*). Esta dinámica no es hoy tan nueva, pues ya en 1987 Pierre Nora, profesor de la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales de París, publicaba una compilación de ensayos de historia individual, reuniendo los testimonios de un grupo de siete colegas franceses contemporáneos.⁸ En Perú, dentro de un plazo de recepción bastante breve, el ejemplo europeo fue asumido con seriedad por José Tamayo Herrera (n. 1936), profesor de la Universidad de Lima, quien publicó su propio relato testimonial en formato de libro, en el año de 1989, bajo el título *Breve historia de un historiador*.

La obra de Tamayo Herrera significa un intento pionero y muy interesante, al exponer con todo detalle —y a veces en tono auto-crítico— su propio recorrido como intelectual peruano del siglo xx. El autor refiere que, en un momento bastante favorable de su carrera, a los 52 años de edad, ha decidido hacer esas revelaciones sobre su propia trayectoria. Nos habla este historiador, de origen cuzqueño acomodado, acerca de su infancia en el valle del Urubamba, donde vivió en una hacienda que poseía su familia (más tarde expropiada por la Reforma Agraria). Luego rememora sus años de juventud y su paso por las aulas de Filosofía y Derecho en la Universidad Nacional de San Antonio Abad, del Cuzco.

A los efectos de nuestro trabajo, importa señalar la primera experiencia de acercamiento con el mundo intelectual europeo que vivió Tamayo Herrera. Como se trata de un episodio ya publicado, no tiene nada de indiscreto repetir aquí la anécdota de que, al celebrar su matrimonio (en 1963), el historiador y su novia pidieron a toda su parentela, a los vecinos notables del Cuzco, que obviarán los gastos de una gran ceremonia nupcial, y en cambio solicitaron que se les brindara como regalo dinero en efectivo. Con esta bolsa pecuniaria, los recién casados pudieron costearse durante seis meses un viaje de bodas cultural no una efímera luna de miel— por diversos países de Europa. Así

⁸ Pierre Nora. comp., *Essais d'ego-histoire*, Paris, Gallimard, 1987. Este volumen incluye contribuciones de Maurice Agulhon, Pierre Chaunu, Georges Duby, Raoul Girardet, Jacques Le Goff, Michèle Perrot y René Remond, quienes exploran sus propias vidas y proponen modelos de egohistoria.

gozó Tamayo Herrera la oportunidad de visitar museos, castillos, iglesias y bibliotecas, con un acercamiento de primera mano a las principales novedades intelectuales de aquella época; era, virtualmente, como si un representante de la periferia topara con el propio núcleo productor de las ideas.⁹

Las partes siguientes de la *Breve historia de un historiador* muestran a nuestro protagonista de regreso al Cuzco, donde asume la cátedra de Filosofía de la Historia en su alma máter de San Antonio Abad y queda profundamente involucrado en campañas políticas, a partir de su vinculación con la Democracia Cristiana, que lo había llevado a ser presidente de la Federación Universitaria de esa ciudad (1961-1962). Ya en los años de gobierno revolucionario del general Velasco Alvarado, participa intensamente en las deliberaciones acerca de la nueva Ley Universitaria, y por estos asuntos de carácter institucional-académico termina afincándose en la ciudad de Lima, desde 1973. Tamayo Herrera llegará a ser nombrado director de la Biblioteca Nacional, durante el segundo gobierno del presidente Fernando Belaunde (1981-1983), con lo cual posee un filón extra para enriquecer su autobiografía.

La obra que venimos comentando termina con una suerte de “retomo a los orígenes” del autor y con un listado de su propia bibliografía, donde se mencionan los principales títulos de su producción intelectual: como sabemos, son trabajos referidos básicamente a la historia política, la historia social y la historia de las ideas en la zona del Cuzco y en el altiplano andino.¹⁰ Lo importante del ensayo de Tamayo Herrera es que se trata de una pieza absolutamente única, una obra enteramen-

⁹ José Tamayo Herrera, *Breve historia de un historiador (un ensayo de egohistoria)*, Lima, Centro de Estudios País y Región, 1989, cap. 6, “El amor y la aventura (1963-1964)”, pp. 100-106.

¹⁰ Tamayo Herrera destaca por el pujante empeño con que ha desarrollado la historia regional, de las ideas y del arte, aplicando novedosos métodos y sugerentes perspectivas de análisis. Se inició escribiendo opúsculos como *Fenomenología de la creación poética* (1963), *Tendencias y problemas en la pintura cuzqueña virreinal* (1970) y *Esbozo para una historia de las ideas en el Cuzco* (1972). Más recientemente ha publicado estos libros: *Historia social del Cuzco republicano* (1978), *Historia del indigenismo cuzqueño, siglos xv-xix* (1980, con prólogo de Luis E. Valcárcel), *Historia social e indigenismo en el Altiplano* (1982, con prólogo de Emilio Romero), *El indigenismo limeño: la Sierra y Amauta* (1988), *Regionalización e identidad nacional* (1988), *El Cuzco del Onceno. un ensayo de historia regional. sobre la época de Augusto B. Leguía* (1989), *Cómo hacer la tesis en Derecho* (1990), *Historia general del Qosqo: una historia regional desde el periodo lítico hasta el año 2000* (3 vols., 1992), *La muerte en Lima, 1780-1990* (1992) y *Liberalismo, indigenismo y violencia en los países andinos, 1850-1995* (1998). Además, ha compilado un volumen de textos relativo a *El pensamiento indigenista* (1981) y ha elaborado compendios de historia de Perú para la enseñanza secundaria.

te irrepetida hasta la actualidad, trasunto de una valentía singular y digna de emulación en el medio peruano.

2. Los fundadores de la historiografía peruana

DE aquí en adelante, trataré de explorar las coordenadas generacionales, académicas e institucionales de la historiografía peruana a lo largo del siglo xx (y en parte del xix). Al emprender esta tarea, que terminará por situarme a mí mismo en dicho contexto, quisiera invocar el amparo de José Tamayo Herrera, quien en la introducción a su propia *egohistoria* establece: “La autobiografía, a la manera de la historia de vida, presenta la existencia del sujeto en su primigenio desenvolvimiento y permite seguir el proceso entero del desarrollo de las situaciones sociales, y nos da también un cuadro contemporáneo del ambiente, de la generación, de la colectividad y de las instituciones en el transcurso de la vida del sujeto cuya historia de vida se investiga”.¹¹ De carácter más grave es la siguiente afirmación, o llamada de atención, hecha por Pierre Nora y dirigida en principio al medio intelectual europeo, pero válida desde luego también para Perú:

Toda una tradición científica en Francia ha llevado a los historiadores, después de un siglo, a borrar su personalidad en su trabajo, a disimular la personalidad detrás de su saber, a atrincherarse en el castillo de sus fichas, a huir de ellos mismos en busca de los secretos a veces inasibles de otras épocas lejanas, a no expresar lo propio, sino a extraer todo de los otros, a esconder puritanamente toda confidencia furtiva.¹²

Es contra ese fenómeno, contra ese arrinconamiento o escudo de protección que pretendemos armamos, que se hace necesario combatir. En el caso mío, entro al campo de la historia testimonial con algunas publicaciones ya realizadas sobre temas de historiografía y con las notas acumuladas durante mis propios cursos universitarios, en los cuales he tratado de generaciones, escuelas y teorías históricas.

Haciendo un recorrido generacional a partir del siglo xix, después de la proclamación de la Independencia, hallamos el momento en que se escribe la primera historia nacional peruana: corresponde a la obra de José María Córdova y Urrutia (1806-1850), un burócrata del ramo hacendario y hombre de prensa, titulada *Las tres épocas del Perú* o

¹¹ Tamayo Herrera, *Breve historia de un historiador* [9], p. 3.

¹² Presentación de Pierre Nora a la compilación de *Essais d'ego-histoire*, traducida y citada en *Breve historia de un historiador* [9], p. 3

compendio de su historia (1844).¹³ Es evidente que Córdova y Urrutia asimila a nuestra historia el modelo clásico europeo, consolidado en la época de la Ilustración, por el cual se divide la historia de la civilización occidental en tres épocas o edades: Edad Antigua, Edad Media y Edad Moderna. Bajo el mismo patrón, pues, concibe dicho autor una historia antigua peruana, que corresponde a la fase autóctona o prehispánica; una Edad Media peruana, con el mismo tono contaminado de oscurantismo que se daba a la Edad Media europea, y que sería el “oprobio” periodo de la dominación colonial española, teñido de censura y falta de luces; por último, está la era moderna peruana, que surge con la declaración de la Independencia y la primera Constitución republicana.

Además de Córdova y Urrutia, el siglo XIX está lleno de aportes importantes para la reconstrucción de la historia nacional. Es el momento de recordar, por cierto, a algunas figuras notables de la generación romántica y erudita: el coronel Manuel de Odriozola (1804-1889), que realizó sobre todo una labor de compilación, publicando más de veinte tomos de documentos históricos y literarios; el general Manuel de Mendiburu (1805-1885), quien nos legó un inmenso “fresco” de la época colonial a través de su *Diccionario histórico biográfico del Perú*; y Mariano Felipe Paz Soldán (1821-1886), gran bibliógrafo, coleccionista de documentos e investigador de la historia. A esa misma generación pertenece un educador liberal, de origen español, Sebastián Lorente (1813-1884), quien fuera director del colegio nacional de Nuestra Señora de Guadalupe y luego decano de la Facultad de Letras de San Marcos. Lorente forjó una imagen histórica completa del Perú gracias a una serie de textos de enseñanza, que fueron utilizados no sólo en la Universidad, sino especialmente en los colegios secundarios.

Luego pasamos a los inicios del siglo XX, donde según la propuesta de César Pacheco Vélez —en un trabajo ya antiguo, pero siempre vigente— podemos reconocer varias divisiones generacionales.¹⁴ De acuerdo con el modelo de Ortega y Gasset, hecho suyo por Pacheco, cada quince o veinte años se produce una especie de sustitución colectiva en el ámbito intelectual, debido al recambio de los paradigmas, de las cabezas pensantes y de los propios condicionantes políticos, económicos y sociales.

¹³ Raúl Rivera Serna, “Historia de la historia”, en *Historia del Perú*, Lima, Juan Mejía Baca, 1980, vol. X, p. 296

¹⁴ César Pacheco Vélez, “La historiografía peruana contemporánea”, en José Pareja Paz-Soldán, ed., *Visión del Perú en el siglo XX*, Lima, Librería Studium, 1963, vol. II, pp. 530-55

Así es que para empezar el siglo xx tenemos a la llamada generación “arielista” o del novecientos, marcada por la influencia de Rodó y conformada por intelectuales sanmarquinos de la talla de Francisco García Calderón (1883-1953), el lúcido defensor de los ideales continentales de América, Víctor Andrés Belaunde (1883-1966), el famoso sociólogo, filósofo e internacionalista, y José de la Riva-Agüero (1885-1944), quien por entonces comenzaba a despuntar con su elegante prosa y sus profundos análisis literarios e históricos. A pesar de los vaivenes en la biografía de estos tres personajes, es obvio que ellos forman políticamente un grupo de filiación civilista, como representantes de los grupos de élite que habían dominado en el periodo de la República Aristocrática.¹⁵ Hay que ubicarlos sin duda en una posición conservadora, opuesta a la difusión de corrientes críticas como el socialismo indigenista de José Carlos Mariátegui o el reformismo populista que encarnaba el APRA de Víctor Raúl Haya de la Torre, movimientos contra los cuales esos “arielistas” escribieron y lucharon inclusive personalmente. Aunque menos comprometido con la esfera política, se puede añadir a la generación del novecientos el padre jesuita Rubén Vargas Ugarte (1886-1975), quien fuera un incansable hurgador de archivos y un prolífico escritor, con cerca de un centenar de volúmenes publicados.¹⁶

A continuación viene la generación del Conversatorio Universitario, llamada así porque tuvo su momento de entrada en el año de 1919, cuando un grupo de estudiantes radicales, pertenecientes al claustro de San Marcos, se reunieron para expresar su repulsa a la República Aristocrática y al civilismo hasta entonces imperante, formulando —mediante un certamen académico— una serie de propuestas innovadoras. Algunos le dan también el nombre de Generación del Centenario, porque sus miembros empezaron a publicar en torno a las solemnes

¹⁵ Baltazar Caravedo Molinari, “La investigación histórica en el Perú: contexto social y lineamientos teóricos”, *Cuadernos del Consejo Nacional de la Universidad Peruana* (Lima), núms. 20/21 (1976), pp. 14-15.

¹⁶ Señalemos marginalmente que las generaciones se pueden distinguir ya sea por el momento en que nacen o afloran los intelectuales, por el momento culminante de su producción o por la afinidad de ideas de los miembros. Y es evidente que se requiere de elasticidad, porque no siempre pensamos igual toda la vida y no todos se lanzan al ruedo de las letras impresas al mismo tiempo. Hay casos excepcionales como el de María Rostworowski (n. 1915), distinguida etnohistoriadora del mundo andino, quien realmente empezó su etapa productiva siendo ya una adulta mayor, una abuela doblemente viuda, que al fin encontró el tiempo necesario para dedicarse a investigar y escribir. Véase mi artículo “Los 80 años de María Rostworowski”, en *Testimonios del Perú y del mundo (artículos de historia, notas de lectura, crónicas de viaje)*, Montilla, Bibliofilia Montillana, 1998, pp. 19-24.

celebraciones del presidente Augusto B. Leguía por el centenario de la proclamación de la Independencia (1921) y de la batalla de Ayacucho (1924), ocupando las tribunas y aprovechando las revistas que a la sazón se publicaban. Son integrantes de ese grupo juvenil: Raúl Porras Barrenechea, Jorge Guillermo Leguía, Luis Alberto Sánchez y Jorge Basadre.¹⁷

Basadre, el gran historiador de la República (1903-1980), evidentemente la figura máxima de esta generación, es una persona que siempre se mostró permeable a la incorporación de nuevas ideas, provenientes tanto de Norteamérica como de Europa. Este maestro —formado durante los años treinta precisamente en dichos lugares— se halló de veras a la vanguardia intelectual, tal como lo demuestra por ejemplo su libro *El azar en la historia y sus límites* (1973), donde dedica un ensayo a evaluar cómo interviene el azar, es decir los factores fortuitos, en la construcción de la historia; y lo hace con un bagaje impresionante de conocimientos y de lecturas, sobre todo para alguien que la mayor parte de su vida tuvo su centro de operaciones en Lima.

Hablemos también, siquiera brevemente, de los que fueron compañeros de Basadre en aquel Conversatorio Universitario de 1919. Jorge Guillermo Leguía (1898-1934) estudió a los protagonistas e ideas de la época de la Emancipación y los primeros años de nuestra vida independiente y, siendo pariente del gobernante de turno, fue llamado a ser el primer director del Museo Bolivariano, en Pueblo Libre. Luis Alberto Sánchez (1900-1994) fue, al mismo tiempo que historiador, un crítico literario de una obra monumental, amplísima, y un dirigente político —de las filas del APRA— con larga vigencia en nuestro quehacer nacional. Una figura también conocida, y reconocida, es la de Raúl Porras Barrenechea (1897-1960), que corresponde al tipo del intelectual-político, con una obra historiográfica relativamente trunca y fragmentaria, dedicada sobre todo a la época de la Conquista, a Francisco Pizarro y a los tempranos cronistas. Sabemos que Porras falleció a poco de dejar el cargo de ministro de Relaciones Exteriores y llegó a ser presidente del Senado; era, políticamente hablando, un liberal, un hombre que mantuvo una línea bastante heterodoxa, siempre fiel a sus principios. Tuvo la osadía de enfrentarse al todopoderoso gobierno de Washington, defendiendo cuanto tenía de novedosa y positiva la revo-

¹⁷ Pablo Macera, "La historia en el Perú ciencia e ideología", en sus *Trabajos de historia*, Lima, Instituto Nacional de Cultura, 1977, vol. 1, pp 7-8, observa un cambio en la composición social de la historiografía peruana a partir de esta generación: los grupos de poder tradicionales son sustituidos por capas medias.

lución cubana de Fidel Castro, y dejó un importante conjunto de discípulos, que hoy cultivan su memoria.¹⁸

3 *De la generación clausurada a la nueva historia*

E los tramos más recientes de la historiografía peruana encontramos a una serie de maestros e intelectuales de los cuales puedo dar ya fe personal, por haber sido alumno de ellos en la Universidad o por haber tenido alguna vinculación informal (pero no menos cercana y amistosa). Toca hablar aquí, primeramente, de la generación de la Sociedad Peruana de Historia, llamada también “generación clausurada” por el hecho de que su formación estudiantil estuvo marcada por el receso de la Universidad de San Marcos, decretado por el gobierno de Sánchez Cerro en 1932, en medio de graves convulsiones políticas y sociales. Estos jóvenes historiadores, que saltarán al primer plano con la apertura democrática de 1945, pretenden recusar a los viejos maestros y las acartonadas instituciones de antaño. Desarrollan con énfasis la propuesta de profesionalizar el trabajo del historiador, de modo que el ejercicio de esta disciplina no tenga que ser compartido con una carrera de abogado, juez o diplomático, tal como se acostumbraba hasta entonces.¹⁹ Asimismo, los propulsores de la Sociedad Peruana de Historia —entidad fundada oficialmente el 22 de julio de 1945— defendían la reconstrucción minuciosa del pasado a partir de bases eruditas, con fidelidad a los documentos de archivo y con recurso a la heurística, para discriminar las fuentes más cercanas o más lejanas a los hechos.

¿Quiénes son los miembros de este grupo, los fundadores de aquella Sociedad? La primera voz estuvo siempre a cargo de Ella Dunbar Temple (1916-1998), recordada maestra sanmarquina, jurista, historiadora, geógrafa, que estudió con perseverancia los linajes descendientes de los incas y las instituciones prehispánicas y coloniales, aunque mucho de su saber no quedó recogido en letras impresas (siendo ella la más indicada para escribir la historia del derecho peruano). Otro miembro importante de esta generación es el catedrático sanmarquino Alberto Tauro del Pino (1914-1994), quien fuera un notable bibliógrafo e investigador de la historia, seguidor del pensamiento mariateguista y estudioso de la obra del Amauta. Al erudito Tauro se debe la compilación de abundantísimas fichas y la formación de grandes trabajos de

¹⁸ Sobre la dimensión política de este personaje, véase el reciente libro de Carlos Alzamora, *La agonía del visionario: la lección de Raúl Porras*, Lima, El Virrey, 2000.

¹⁹ Guillermo Lohmann Villena, “Los estudios históricos en el Perú en los últimos cincuenta años”, *Mercurio Peruano* (Lima), núm. 282 (1950), pp. 327 y 339.

recopilación, que se perciben como la obra de un equipo completo: tal es el caso de su *Enciclopedia ilustrada del Perú*, un diccionario de personas, nombres y lugares, sucesivamente ampliado a lo largo de tres ediciones (la última de ellas póstuma).²⁰

Junto con los anteriores hay que mencionar a un personaje todavía vivo, perteneciente al grupo de sobrevivientes de los fundadores de la Sociedad Peruana de Historia: Guillermo Lohmann Villena (n. 1915), ilustre historiador de la época colonial, erudito conocedor de las fuentes y autor de numerosas monografías sobre personajes, instituciones jurídicas, obras literarias y estamentos sociales distinguidos (llámense caballeros de órdenes militares, regidores de cabildos o ministros de audiencias). Tal vez habría que reprochar a este maestro, únicamente, que no se haya dado el tiempo para realizar un trabajo de síntesis que condense y sintetice todo su saber en materias propias del Virreinato.²¹ En el grupo de la “generación clausurada” entra también Carlos Daniel Valcárcel (n. 1911), uno de los miembros fundadores de la Sociedad Peruana de Historia —aunque luego se apartó de ella—, conocido sobre todo por sus investigaciones acerca de las rebeliones indígenas del siglo xviii, incluyendo el gran levantamiento de José Gabriel Túpac Amaru. Valcárcel fue por varios años director del archivo universitario de San Marcos y se consagró, además, a la historia de la educación en Perú.

Poco después, en la década de los cincuenta, irrumpe una nueva generación de escritores, críticos literarios e historiadores que se conocen como “los del medio siglo”. Desde entonces comienzan a tener vigencia los discípulos del maestro Porras Barrenechea, tomando un lugar en la vida académica personajes como Félix Álvarez Brun (n. 1922), Miguel Maticorena (n. 1926), Carlos Aranibar (n. 1928), Pablo Macera (n. 1928) y, algo más tarde, Waldemar Espinoza Soriano (n. 1936), reunidos en torno a la Facultad de Letras de San Marcos. Éstos se benefician de las influencias políticas de su maestro y consiguen becas para salir a investigar y estudiar en el extranjero (sobre

²⁰ Alberto Tauro, *Enciclopedia ilustrada del Perú*, 3a. ed., Lima, Promoción Editorial Inca (PEISA), 2001, 17 vols. La obra, que lleva como subtítulo “Síntesis del conocimiento integral del Perú, desde sus orígenes hasta la actualidad”, se editó por primera vez en 1966, en tres volúmenes, y después en 1987, en seis volúmenes.

²¹ Hampe Martínez, “Guillermo Lohmann Villena: historiador erudito, archivero de honor”, *Revista del Archivo General de la Nación* (Lima), núm. 18 (1998), pp. 225-230. Parece más fácil desarrollar una monografía, un trabajo documental y erudito sobre una porción mínima de la realidad, analizándola como a través del microscopio. En cambio, la síntesis se presenta más complicada y trabajosa porque requiere, ante todo, una comprensión cabal de la integridad de los factores o problemas

todo en España y Francia), lo cual supone una radical novedad, en el sentido de la profesionalización y la apertura al exterior de nuestra disciplina histórica.²² Hemos de considerar aquí el gran salto cualitativo que permite el trasfondo boyante de la Guerra de Corea y, asimismo, una serie de apoyos institucionales de afuera, facilitando a varios de los investigadores jóvenes el alternar directamente con colegas y maestros del “Primer Mundo”, con el consiguiente enriquecimiento en las formas de ver la historia.

Dentro de la generación del “medio siglo” existe un grupo alterno al de los sanmarquinos que hemos mencionado. Se trata de los profesores y estudiantes de historia de la Pontificia Universidad Católica del Perú, el más antiguo plantel universitario privado de nuestro país, que a partir de 1947 acoge al naciente Seminario de Historia del Instituto Riva-Agüero, puesto al cuidado de un joven y diligente profesor: José Agustín de la Puente Candamo (n. 1922). Es un hecho evidente que Puente Candamo, otro de los fundadores, por cierto, de la Sociedad Peruana de Historia y hoy todavía vigente como presidente de la Academia Nacional de la Historia, ha marcado pautas fundamentales en una serie de promociones y generaciones de la historiografía peruana. Su esquema interpretativo de nuestro pasado procede directamente de las propuestas de Belaunde y Riva-Agüero, asumiendo el mestizaje o “síntesis viviente” como noción fundamental para entender nuestra cultura y sociedad, por la fusión de la herencia incaica o andina tradicional con el legado de los conquistadores ibéricos, sobre todo en lengua (castellana) y religión (católica).²³

Ese *leitmotiv* de la síntesis viviente promoverá una serie de trabajos en torno a las grandes figuras del mestizaje, ya sea biológico o cultural —el Inca Garcilaso de la Vega se hace aquí paradigmático—, y se extiende a indagaciones acerca de la cocina, la geografía, la toponimia o la identidad peruana, elementos todos en los cuales resalta la combinación de una y otra herencia. Pronto se reflejará este ideario en las obras de los primeros discípulos de Puente Candamo, quienes sustentan sus tesis y realizan sus primeras publicaciones en la década de los cincuenta. Podemos mencionar a Carlos Deustua Pimentel (1929-1999), estudioso de las instituciones y de la economía peruana en el Virreinato tardío; César Pacheco Vélez, ya previamente citado (1929-1989), que

²² Manuel Burga, “Los *Annales* y la historiografía peruana (1950-1990) mitos y realidades”, *Ciencias Sociales/UNMSM* (Lima), vol. 1 (1995), pp. 16-19, ubica a estos autores, y algunos más, en la tertulia que animaba Porras Barrenochea en su casa de la calle Colina, en Miraflores

²³ Hampe Martínez, “José A. de la Puente Candamo en la historiografía peruana”, *Boletín del Instituto Riva-Aguero* (Lima), vol. 12 (1982/1983), pp. 147-163.

cultivó con ahínco la historia intelectual y el trasfondo social del rompimiento con España; y Armando Nieto Vélez, sacerdote jesuita (n. 1931), dedicado a la fase de la Emancipación y a la historia de la Iglesia. En seguida vendrá una nueva hornada de estudiantes vinculados al Instituto Riva-Agüero, como José Antonio del Busto Duthurburu (elocuente orador y prolífico investigador del pasado), Raúl Zamalloa Armejo, Percy Cayo Córdova y Margarita Guerra Martiniere, entre otros.

Hay otro corte generacional que se puede ubicar veinte años después, alrededor de 1970, en medio del “paquete” de reformas estructurales del gobierno de las Fuerzas Armadas, cuando empieza a llegar con fuerza a los medios intelectuales peruanos lo que había sido una novedad en la Europa de la posguerra: la historia económica y social, montada sobre estructuras de larga duración, aquellas que se mueven muy lentamente y que constituyen el referente geográfico, el paisaje, el contexto espiritual y material en el que los pueblos se desarrollan. Es un hecho concomitante que las estructuras sirven para explicar las formas de dominación, los modos de producción, las componendas políticas y muchos otros factores o sucesos que han merecido —más bien superficialmente— la atención de la historia narrativa tradicional. Pero, con el auxilio de este soporte teórico, se hace posible llegar al sentido más profundo de las cosas.²⁴

Ese impulso dado a la historia económica y social nos mueve a tratar, otra vez, el problema del retardo en la asimilación de ideas y doctrinas foráneas dentro del ámbito latinoamericano. Ya desde 1929 se habían dado a conocer las virtudes del estructuralismo como factor explicativo del pasado, al iniciarse, en Estrasburgo, la publicación de los *Annales d'histoire économique et sociale*. Esta revista francesa, creada por dos eminentes profesores, Lucien Febvre (1878-1956) y su colega judío Marc Bloch (1886-1944), originó una suerte de revolución en la disciplina historiográfica.²⁵ Ambos maestros, y su comitiva de entusiastas seguidores, llamaban la atención sobre la necesidad de reorientar los estudios del pasado hacia nuevos temas de la esfera mental e ideológica y hacia los factores de más larga duración, de permanencia mucho más continua en el trasfondo de la historia, lo que se ha llamado “el tejido de Clío”. La revista iniciada en los años de entreguerra quedó transformada después de la muerte de Bloch, caído en un campo de concentración nazi, y se convirtió a partir de 1946 en órgano de

²⁴ Fernand Braudel, *La historia y las ciencias sociales*, Madrid, Alianza, 1968, s.v. “La larga duración”, pp. 60-106 (artículo publicado originalmente en francés. en 1958)

²⁵ Una de las contribuciones más valiosas en esta materia es la de Peter Burke, *The French historical revolution: the “Annales” school*, Stanford, Stanford University Press, 1991

la sexta sección de la Escuela Práctica de Altos Estudios de París bajo el título de *Annales (Économies, sociétés, civilisations)*, que actualmente posee.

Nos hallamos, pues, en una fase en la que el empuje de renovación historiográfica proviene de Francia, y se hará entonces de la mayor importancia el mantener una cercanía con textos producidos por los historiadores franceses o, mejor aún, tratar directamente con los maestros de la Escuela Práctica de Altos Estudios, del Colegio de Francia, de la Sorbona y de otras instituciones académicas propias de París. Para 1968, en medio del clima contestatario de las revueltas estudiantiles, Fernand Braudel (1902-1985), el notable historiador del mundo mediterráneo, se había apartado de aquella sección de la Escuela Práctica para crear un nuevo espacio académico: la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales, vinculada a la Maison des Sciences de l'Homme y ubicada en el sexto distrito de París, sobre el *boulevard Raspail*. Los historiadores peruanos directamente vinculados con la nueva Escuela, por el conducto de su consejero de tesis, Ruggiero Romano (profesor italiano, seguidor y colega de Braudel), serán Heraclio Bonilla, Manuel Burga y Alberto Flores Galindo.²⁶

Ruggiero Romano, el reconocido maestro, impulsó a estos peruanos y a otros varios discípulos latinoamericanos a renovar los análisis del pasado mediante el énfasis en las estructuras económicas y sociales. Un buen ejemplo de esto lo hallamos en la tesis doctoral de Burga (n. 1942), hoy rector de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Dicha obra, publicada luego como libro bajo el título *De la encomienda a la hacienda capitalista* (1976), representa un seguimiento de larga duración — por espacio de cuatro siglos o más — en un lugar determinado de la costa norte peruana, que es el valle del Jequetepeque. Esta pieza nos demuestra cómo ha cambiado a través de los tiempos la propiedad de la tierra, la utilización de la mano de obra y la explotación de los recursos naturales, desde los primeros conquistadores beneficiados con encomiendas de indios hasta las grandes haciendas y complejos agroindustriales del siglo xx.

El caso de Flores Galindo, un intelectual que falleció por desgracia en el cenit de su producción (1949-1990), es particularmente intere-

²⁶ Todavía a finales de los años ochenta, cuando yo estuve como profesor visitante en la Universidad de París X (Nanterre), se recordaba a Bonilla, Burga y Flores Galindo como la "divina trinidad" de la joven historiografía peruana. Acerca de su maestro, Ruggiero Romano, véase la entrevista publicada por Wilfredo Kapsoli, ed., *Peruanistas contemporáneos (temas, métodos, avances)*, Lima, Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología, 1988, s.v. "Problemas de historia económica", pp. 27-37.

sante, porque implica un tránsito de la orientación economicista hacia la orientación más bien social y actitudinal de la reciente historiografía francesa, y de gran parte de Europa. Si nos fijamos en su tesis doctoral, vertida al castellano y convertida en libro con el título *Aristocracia y plebe en Lima* (1984), veremos que no se trata de un estudio de tan larga duración, ya que abarca un espacio medio de setenta años (desde 1760 hasta 1830), pero con la virtud de romper esquemas prefijados en cuanto a la solución de continuidad entre la Colonia y la República. Dicha tesis estudia la dinámica, por no decir el antagonismo, de las clases altas y bajas de la capital virreinal desde la época de Amat, pasando ligeramente sobre los movimientos emancipadores y la intervención de San Martín y Bolívar, para situarse más bien en la llamada época poscolonial, con el propósito de hacer visible el continuismo, o sea la pesada herencia ---estructural e ideológica--- del Virreinato.

En mi propia experiencia personal, recuerdo que cuando yo era un estudiante de la carrera de historia en la Universidad Católica, poco antes y poco después de 1980, se percibía el influjo de esas novedades doctrinarias de impronta parisina. Algunos de los estudiantes que me antecedieron en la graduación, por cierto, reflejaron a través de sus tesis aquellos marcos teóricos y esquemas de contenidos de la historia económica y social, insuflada muchas veces con ideología marxista. Se ve en estos trabajos cómo el acento recae en los condicionantes geográficos y ecológicos, a la vez que en los fenómenos colectivos y los problemas de masas, aquellas capas mayoritarias de la población que antes habían sido ignoradas, o por lo menos colocadas bajo la sombra de los grandes actores, protagonistas tradicionales de la historiografía narrativa.²⁷

4. Toma de posición histórica frente al nuevo milenio

POR el constante reflujó de las ideas y de los modelos, ocurre durante los años ochenta del siglo xx la irrupción de nuevas propuestas metodológicas que, de algún modo, prefiguran la “crisis de los paradigmas” vivida con ocasión de la caída del Muro de Berlín y el fin de los regímenes socialistas en Europa oriental. Se conoce este fenó-

²⁷ Carlos Contreras, “Nuevas tendencias en la historiografía peruana: las tesis de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 1975-1982”, *Histórica* (Lima), vol. 7: 1 (1983), pp. 111-122. Véase también Heraclio Bonilla, “The new profile of Peruvian history”, *Latin American Research Review* (Albuquerque), vol. 16: 3 (1981), pp. 210-224, y Fred Bronner, “Peruvian historians today: historical setting”, *The Americas* (Washington), vol. 43: 3 (1987), pp. 245-277.

meno innovador con la etiqueta, bastante vaga en realidad, de “la nueva historia”. Surge casi paralelamente en Francia e Inglaterra, como expresando la voluntad de quebrar los esquemas marxistoides —a veces demasiado rígidos— y poner de relieve una serie de testimonios, actores sociales y facetas de la vida cotidiana que generalmente se habían dejado al margen o que debían ser retomados bajo nuevos parámetros.²⁸ Tal renovación historiográfica traerá consigo el resurgimiento de la historia narrativa, poniendo énfasis en los individuos como núcleo del discurso, pero añadiendo a la historia episódica, superficial, toda una dimensión intimista, que abarca los aspectos psicológicos, espirituales, camavalescos, las actitudes ante la muerte, las concepciones del más allá etcétera.

Es evidente la importancia de esos factores intimistas o componentes interiores, que ayudan a explicar la situación de los individuos y los grupos sociales en cualquier tiempo. Sobre el resurgimiento de la historia narrativa, que va aparejado con el auge del “tercer nivel” de los hechos, conviene recoger un párrafo especialmente luminoso de Lawrence Stone, el historiador inglés de Oxford:

Si mi diagnóstico es correcto, el desplazamiento hacia la narrativa por parte de los “nuevos historiadores” señala el fin de una era: el término del intento por producir una explicación coherente y científica sobre las transformaciones del pasado. Los modelos del determinismo histórico, los cuales se basan en la economía, la demografía o la sociología, se han derrumbado frente a las pruebas; empero, ningún modelo completamente determinista sustentado en alguna otra ciencia social —la política, la psicología o la antropología— ha surgido para ocupar su lugar. El estructuralismo y el funcionalismo no han resultado ser mucho mejores en absoluto. La metodología cuantitativa se ha mostrado semejante a una caña bastante frágil que sólo puede responder a un conjunto limitado de problemas.²⁹

La reflexión de Stone es muy importante porque advierte, entre otras cosas, la dificultad que para un entendimiento cabal de la historia supone el manejo de (o mejor, la subordinación a) ciertos esquemas

²⁸ Ya en 1978 se había publicado la primera edición del volumen *La nouvelle histoire*, bajo la dirección de Jacques Le Goff, profesor y eventualmente (1972-1977) presidente de la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales de París. Esta obra reúne, entre otras, las contribuciones de Michel Vovelle, sobre la larga duración; André Burguière, sobre la antropología histórica; Philippe Ariès, sobre la historia de las mentalidades; Jean-Marie Pesez, sobre la historia de la cultura material, Jean Lacouture, sobre la historia inmediata; Evelyne Patlagean, sobre la historia del imaginario; y el propio Le Goff, sobre la “nueva historia”

²⁹ Lawrence Stone, *El pasado y el presente*, México, FCE, 1986, p. 115

apriorísticos, como anteojeras destinadas a llevar el vehículo por una sola, preconcebida dirección. Por lo tanto, el historiador inglés nos llama a ser más bien abiertos, estar permeables frente a cualquier atajo o desviación proveniente del empirismo de la documentación.

A esa historia actitudinal, psicológica o espiritual que hemos referido se debe, en efecto, el *boom* contemporáneo de los estudios sobre el tribunal del Santo Oficio de la Inquisición en los vastos dominios de la monarquía española —incluyendo a Perú— y en otros territorios de raigambre católica. Sin ir muy lejos, pensemos en la serie de volúmenes dedicados al tema inquisitorial que ha puesto en circulación (de 1997 a esta parte) el Fondo Editorial del Congreso de la República, en Lima, por donde se percibirá la influencia positiva y profunda de esta renovación historiográfica.³⁰ Yo mismo debo inscribirme en esta corriente intelectual, por mis diversos artículos y ensayos en la materia, los cuales han fructificado en el volumen *Santo Oficio e historia colonial* (1998). Pienso que no ha sido mi objetivo, ni el de los demás autores, insistir en los aspectos del control moral o la represión ideológica, que antaño nutrieran las plumas de la “leyenda negra” antiespañola; más bien, nos hemos acercado a los papeles originales del Santo Oficio para intentar el rescate de una serie de elementos de la vida cotidiana, de actitudes frente a lo supranatural, la magia y el sexo, que de otro modo no podrían verificarse.

Asimismo, entre las corrientes novedosas o alternativas que la historiografía reciente ha privilegiado en Perú, está la historia del género y de las mujeres. Se ha tratado de potenciar un discurso o narración que haga diferenciación entre las vivencias de hombres y mujeres, tomando como base la peculiar sensibilidad de uno y otro género, su desigual protagonismo a lo largo de los siglos y las disímiles oportunidades de formación intelectual que les han sido dadas. Se ha quebrado con ello la postura de las mujeres como sujetos pasivos de la historia y se han puesto de relieve algunas coyunturas excepcionales, de aparen-

³⁰ Dentro de la serie “La Inquisición en el Perú” se han publicado los siguientes títulos: Ricardo Palma, *Anales de la Inquisición de Lima* (con prólogo de Luis Millones, 1997); Fernando Ayllón, *El tribunal de la Inquisición de la leyenda a la historia* (1997); Teodoro Hampe Martínez, *Santo Oficio e historia colonial: aproximaciones al tribunal de la Inquisición de Lima* (1998); María Emma Mannarelli, *Hechiceras, beatas y expósitas: mujeres y poder inquisitorial en Lima* (1998); Pedro Guibovich Pérez, *En defensa de Dios: estudios y documentos sobre la Inquisición en el Perú* (1998); Guillermo Lohmann Villena, *Inquisidores, virreyes y disidentes: el Santo Oficio y la sátira política* (1999); y Pedro Guibovich Pérez, *La Inquisición y la censura de libros en el Perú virreinal* (2000).

te liberación o autonomía femenina, como es el caso de las monjas recluidas en conventos durante la época colonial.³¹

Hasta épocas todavía no muy lejanas, carentes de acceso a la universidad y limitadas en sus derechos ciudadanos, las mujeres peruanas vivían sometidas a una estructura paternalista, donde la figura dominante era el varón: ya sea el padre en la casa familiar o el marido en la casa conyugal. Así es que sólo aquellas niñas y adultas que optaban por el camino alternativo del monacato —uniéndose espiritual y formalmente con Cristo, previo abono de una dote— podían lograr una relativa independencia en las esferas intelectual, patrimonial y social. Con este ejemplo concreto se demuestra que hay muchas maneras de reemprender la interpretación histórica sin necesidad de “reinventar” o descubrir documentación absolutamente inédita, pues lo importante es acercarse a los hechos con una batería inteligente de preguntas, tomando en cuenta la mayor diversidad de factores, ángulos y condiciones existenciales.

En el caso de mi derrotero intelectual, puedo definirme como una muestra típica de que no hay una esquematización, un corsé rígido, para las generaciones ni para las escuelas historiográficas, pues todos solemos —y con derecho— atravesar las fronteras teóricamente planteadas. Yo realicé una doble titulación profesional por las Facultades de Letras y Educación de la Universidad Católica en Lima, donde tuve como asesor para mi tesina de bachillerato (1983) al recordado Franklin Pease G. Y. (1939-1999), con quien trabajé sobre cuestiones sociales e institucionales durante la fase más temprana del contacto hispanoandino en el siglo xvi.³² Después viajé a España, en goce de una beca de investigación del Instituto de Cooperación Iberoamericana, y aproveché esta circunstancia para seguir los cursos de doctorado en Historia Moderna en la Universidad Complutense de Madrid, de 1984 a 1986.

Allí, en España, me orienté al campo de la historia política y realicé una pesquisa documental minuciosa, elaborando bajo la dirección de Juan Pérez de Tudela y Bueso (ilustre estudioso de la gesta colombina, miembro de la Real Academia de la Historia) una tesis sobre la actuación pública de don Pedro de la Gasca, ministro del entorno de Carlos

³¹ Margarita Zegarra Florez, ed., *Mujeres y género en la historia del Perú*, Lima, Centro de Documentación sobre la Mujer, 1999, Hampe Martínez, “Imagen y participación de las mujeres en la cultura del Perú viireinal: una aproximación bibliográfica”, *Consensus/revista de la Universidad Femenina del Sagrado Corazón* (Lima), vol. 5 (2000), pp. 164-177

³² Hampe Martínez, “Franklin Pease G. Y (1939-1999) evocación de un maestro”, *Fénix/revista de la Biblioteca Nacional del Perú* (Lima), vols. 40/41 (1999), pp. 5-14

V y famoso “pacificador” de las revueltas pizarristas en el Perú.³³ Traté de seguir a este personaje en toda su labor administrativa, haciendo al mismo tiempo un extenso rastreo de los archivos españoles. Investigué a Gasca en Salamanca, donde fue rector de la Universidad en su fase de esplendor; en Valencia, donde aplicó una visita general a los oficiales públicos; en Madrid y Sevilla, donde están las cartas y expedientes de su intervención como presidente de la Audiencia de Lima; en Toledo y Sigüenza, donde fue prelado de las respectivas catedrales etc. Finalmente, mi tesis fue aprobada por los catedráticos de la Universidad Complutense, viéndola como el reflejo de una emblemática carrera personal durante la etapa formativa del Imperio español, y fue publicada como libro —en edición abreviada— por la Diputación Provincial de Palencia.³⁴

Luego de esa incursión en los avatares políticos, ya iniciado en la tarea docente como profesor ordinario en la Pontificia Universidad Católica del Perú (y como profesor visitante en algunas universidades del extranjero), cambié mi orientación hacia la historia cultural o, si se prefiere, de las mentalidades. Me refiero a los estudios asentados en inventarios de bibliotecas particulares y en contratos del negocio librero, por los cuales me he ocupado de ver cómo funcionaron los mecanismos de difusión de la cultura letrada europea a partir de la conquista de Pizarro. Es un hecho que, junto con los primeros colonizadores y vecinos, llegaron a estas tierras la letra y el libro, los Evangelios, la Escolástica y todas las corrientes sucesivas, que nutrieron la vida académica de San Marcos, los colegios, los seminarios y otros centros intelectuales.³⁵

Así llegamos a la situación contemporánea, que me halla en medio de una historiografía peruana floreciente, junto a un grupo de colegas nacidos en la década de los sesenta. Todavía es quizá prematuro definir unos rasgos generales o comunes para los miembros de esta generación, pero es evidente que su obra —distribuida en no pocos libros y artículos— ha ofrecido ya un aporte serio, y hasta contundente, a la explicación de nuestro pasado. Pienso en las contribuciones de Susana

³³ Hampe Martínez, *Don Pedro de la Gasca (1493-1567). su obra política en España y América*, prólogo de Juan de Tudela y Bueso, Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial, 1989.

³⁴ Esta edición abreviada, de 198 páginas, sin apéndices documentales ni prólogo, se publicó en Palencia, Diputación Provincial de Palencia, Departamento de Cultura, 1990.

³⁵ Mi libro *Bibliotecas privadas en el mundo colonial la difusión de libros e ideas en el virreinato del Perú (siglos XVI-XVII)*, Frankfurt am Main, Vervuert; Madrid, Iberoamericana, 1996, reúne un conjunto de 25 ensayos y artículos, publicados originalmente entre 1983 y 1994, sobre el impacto que ejercieron las ideas y los textos impresos trasladados de Europa.

Aldana Rivera (n. 1961), historiadora regional de la costa norte, básicamente de Piura; José de la Puente Brunke (n. 1961), actual director de la revista *Histórica* de la Pontificia Universidad Católica, estudioso de las encomiendas de indios y del sistema administrativo y judicial de la época hispánica; Fernando Iwasaki Cauti (n. 1961), un colega que dejó hace varios años Perú, pero que tiene una obra importante en cuestiones de nacionalismo, economía informal y relaciones con el Lejano Oriente. También mencionaré a Cristóbal Aljovín de Losada, profesor de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, que acaba de publicar un libro reinterpretando el problema del caudillismo a la luz de las primeras constituciones de la vida independiente peruana.³⁶

En fin, me he permitido desarrollar —con tremenda inmodestia— este recorrido por las generaciones, escuelas y maestros que han nutrido e inspirado mi camino intelectual, y no dudo que muchas de estas vivencias habrán sido compartidas por mis compañeros de generación. Somos un grupo que trata pues de contribuir, cada quien desde su particular rincón o centro de trabajo, al mejor entendimiento de la historia peruana. Hemos tocado en estas páginas las varias dimensiones del “tejido de Clío”, ya sea como acumulación de hechos del pasado o como representación y discurso, ejercicio en el cual todos estamos implicados. Y si fuera cierto aquel aforismo de que la vida empieza a los cuarenta (años), entonces nos hallamos todavía en la primera andadura y tenemos por delante, felizmente, mucho que hacer, que enmendar y que decir.

5. Epílogo biográfico sobre el autor

TEODORO Hampe Martínez (n. Lima, 1960) es licenciado en Historia y licenciado en Educación por la Pontificia Universidad Católica de Perú (1983); doctor en Historia por la Universidad Complutense de Madrid (1986). Profesor ordinario de la Pontificia Universidad Católica de Perú (1988-2001). Ha sido profesor visitante en la Universidad de París X (1989), la Universidad de Toulouse II (1994-1995), la Pontificia Universidad Católica de Chile (1997) y la Universidad de Sevilla (2000). Ha recibido becas de investigación del Banco de España (1987), de la John Carter Brown Library (1989), de la Fundación Alexander von Humboldt (1990, 1996, 1999) y del Ministerio de Ciencia e Investigación de Austria (1992-1993). Actualmente ejerce la docencia en la Universidad Científica del Sur, Lima.

³⁶ Cristóbal Aljovín de Losada, *Caudillos y constituciones: Perú, 1821-1845*, Lima, Instituto Riva-Agüero/FCE, 2000.

Colaborador habitual del diario *El Comercio* (Lima); miembro del consejo de redacción de la *Colonial Latin American Historical Review* (Albuquerque, NM), de la *Revista de Historia de América* (México, DF) y de la *Revista de Historia Social y de las Mentalidades* (Santiago de Chile); editor corresponsal de la *Bibliographie Internationale de l'Humanisme et de la Renaissance* (Ginebra) y del *Handbook of Latin American Studies* (Washington, DC). Es miembro titular de la Sociedad de Bibliófilos Chilenos y miembro correspondiente de la Academia Argentina de la Historia y de la Sociedad Chilena de Historia y Geografía. En Lima, desempeña la Secretaría Ejecutiva de la Sociedad Peruana de Estudios Clásicos y del Humboldt Club de Perú. Pertenece a la Asociación de Historiadores Latinoamericanistas Europeos, a la Asociación Internacional de Hispanistas, el Instituto Internacional de Historia del Derecho Indiano, a la Conference on Latin American History, a la International Society for Intellectual History, entre otros.

Autor de libros como *Historia de la Pontificia Universidad Católica del Perú* (1989), *Don Pedro de la Gasca: su obra política en España y América* (1989, 1990), *Bibliotecas privadas en el mundo colonial* (1996), *Cultura barroca y extirpación de idolatrías* (1996), *Fragmentos de la historia moderna* (1997), *Santidad e identidad criolla* (1998), *Santo oficio e historia colonial* (1998) y *Testimonios del Perú y del mundo* (1998). Ha editado, junto con Franklin Pease G.Y., la *Historia del descubrimiento y conquista del Perú* de Agustín de Zárate (1995) y ha compilado una serie de ensayos de varios autores en el volumen *La tradición clásica en el Perú virreinal* (1999). Ha publicado, además, unos ochenta artículos sobre temas históricos en revistas especializadas de América y Europa.

BIBLIOGRAFÍA

1. Temas de historiografía general

- Barnes, Harry Elmer, *A history of historical writing*, 2a. ed., Nueva York, Dover, 1963, 450 págs.
- Barzún, Jacques, *Clio and the doctors: psycho-history, quanto-history and history*, Chicago, University of Chicago Press, 1974.
- Bloch, Marc, *Introducción a la historia*, México, FCE, 1980 (*Breviarios*, 64), 157 págs.
- Braudel, Fernand, *La historia y las ciencias sociales*, Madrid, Alianza, 1968.
- , *Escritos sobre historia*, México, FCE, 1991, 265 págs.
- Burke, Peter, *The French historical revolution: the "Annales" school*, Stanford, Stanford University Press, 1991, 152 págs.

- Certeau, Michel de, *La escritura de la historia*, México, Universidad Iberoamericana, 1985, 372 págs.
- Chartier, Roger, *El mundo como representación: estudios sobre historia cultural*, Barcelona, Gedisa, 1992, 276 págs.
- Febvre, Lucien, *Combates por la historia*, Barcelona, Ariel, 1970, 246 págs.
- Himmelfarb, Gertrude, *The new history and the old*, Cambridge, Belknap Press, 1987, 209 págs.
- Le Goff, Jacques, dir., *La nouvelle histoire*, Bruselas, Complexe, 1988, 334 págs.
- Nora, Pierre, comp., *Essais d'ego-histoire*, réunis et présentés par [...] París, Gallimard, 1987, 375 págs.
- Quiroz, Francisco, comp., *Introducción a la historia (antología de lecturas)*, Lima, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 1993, 275 págs.
- Schaff, Adam, *Historia y verdad: ensayo sobre la objetividad del conocimiento histórico*, Barcelona, Crítica, 1976 (*Estudios y ensayos*, 7), 382 págs.
- Stone, Lawrence, *El pasado y el presente*, México, FCE, 1986, 289 págs.
- Vázquez, Josefina Zoraida, *Historia de la historiografía*, México, Ateneo, 1978.
- Vovelle, Michel, *Ideologías y mentalidades*, Barcelona, Ariel, 1985, 326 págs.
- White, Hayden V., *The content of the form: narrative discourse and historical representation*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1987.

2. Temas de historiografía peruana

- Aljovín de Losada, Cristóbal, *Caudillos y constituciones: Perú, 1821-1845*, Lima, Instituto Riva-Agüero-FCE, 2000, 354 págs.
- Alzamora, Carlos, *La agonía del visionario: la lección de Raúl Porras*, Lima, El Virrey, 2000, 198 págs.
- Basadre, Jorge, *Perú: problema y posibilidad (ensayo de una síntesis de la evolución histórica del Perú)*, Lima, F. y E. Rosay, 1931, 253 págs. (hay reedición, a cargo de David Sobrevilla, en Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1992).
- _____, *El azar en la historia y sus límites*, Lima, Talleres Gráficos P.L. Villanueva, 1973, 272 págs.
- Bonilla, Heraclio, "The new profile of Peruvian history", *Latin American Research Review* (Albuquerque), vol. 16: 3 (1981), pp. 210-224.
- Bronner, Fred, "Peruvian historians today: historical setting", *The Americas* (Washington), vol. 43: 3 (1987), pp. 245-277.
- Burga, Manuel, *De la encomienda a la hacienda capitalista: el valle del Jequetepeque del siglo xv al xx*, Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 1976, 319 págs.
- _____, "Los *Annales* y la historiografía peruana (1950-1990): mitos y realidades", *Ciencias Sociales/UNMSM* (Lima), vol. 1 (1995), pp. 11-33.
- Caravedo Molinari, Baltazar, "La investigación histórica en el Perú: contexto social y lineamientos teóricos", *Cuadernos del Consejo Nacional de la Universidad Peruana* (Lima), núms. 20/21 (1976), pp. 13-18.
- Contreras, Carlos, "Nuevas tendencias en la historiografía peruana: las tesis de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 1975-1982", *Histórica* (Lima), vol. 7: 1 (1983), pp. 111-122.
- Flores Galindo, Alberto, *Aristocracia y plebe: Lima, 1760-1830 (estructura de clases y sociedad colonial)*, Lima, Mosca Azul, 1984 [hay reedición, bajo el título *La ciudad sumergida*, en Lima, Horizonte, 1991].

- , *Tiempo de plagas*, Lima, Caballo Rojo, 1988 [está reeditado en *Obras completas*, Lima, Sur, Casa de Estudios del Socialismo (1993-1997), vols. 4 y 5].
- Hampe Martínez, Teodoro, "José A. de la Puente Candamo en la historiografía peruana", *Boletín del Instituto Riva-Agüero* (Lima), vol. 12 (1982/1983), pp. 147-163.
- , "Los miembros de número de la Academia Nacional de la Historia (Instituto Histórico del Perú), 1905-1984", *Revista Histórica* (Lima), vol. 34 (1983/1984), pp. 281-353.
- , "El Padre Vargas Ugarte y su aportación a la historiografía del Perú colonial", *Revista de Historia de América* (México), núm. 104 (1987), pp. 141-167.
- , *Don Pedro de la Gasca (1493-1567); su obra política en España y América*, prólogo de Juan de Tudela y Bueso, Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial, 1989.
- , *Bibliotecas privadas en el mundo colonial: la difusión de libros e ideas en el virreinato del Perú (siglos xv-xvii)*, Frankfurt am Main, Vervuert, Madrid, Iberoamericana, 1996, 307 págs. (*Textos y estudios coloniales y de la Independencia*, 1).
- , "Guillermo Lohmann Villena: historiador erudito, archivero de honor", *Revista del Archivo General de la Nación* (Lima), núm. 18 (1998), pp. 225-230.
- , "Trayectoria y balance en la historiografía peruana: 90 años de la Academia Nacional de la Historia (1905-1995)", *Anuario de Estudios Americanos* (Sevilla), vol. 55 (1998), pp. 703-725.
- , *Santo Oficio e historia colonial: aproximaciones al tribunal de la Inquisición de Lima (1570-1820)*, Lima, Ediciones del Congreso del Perú (1998), 212 págs.
- , *Testimonios del Perú y del mundo (artículos de historia, notas de lectura, crónicas de viaje)*, Montilla, Bibliofilia Montillana, 1998, 286 págs.
- , "Franklin Pease G. Y. (1939-1999): evocación de un maestro", *Fénix/revista de la Biblioteca Nacional del Perú* (Lima), vols. 40/41 (1999), pp. 5-14.
- , "Imagen y participación de las mujeres en la cultura del Perú virreinal: una aproximación bibliográfica", *Consensus/revista de la Universidad Femenina del Sagrado Corazón* (Lima), vol. 5 (2000), pp. 164-177.
- Kapsoli, Wilfredo ed., *Peruanistas contemporáneos (temas, métodos, avances)*, Lima, Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología, 1988, 159 págs.
- Lohmann Villena, Guillermo, "Los estudios históricos en el Perú en los últimos cincuenta años", *Mercurio Peruano* (Lima), núm. 282 (1950), pp. 321-347.
- Macera, Pablo, "La historia en el Perú: ciencia e ideología", en sus *Trabajos de historia*, Lima, Instituto Nacional de Cultura, vol. 1, 1997, pp. 3-20.
- Pacheco Vélez, César, "La historiografía peruana contemporánea" en José Pareja Paz-Soldán ed., *Visión del Perú en el siglo xx*, Lima, Librería Studium, 1963, vol. II, pp. 525-580.
- Rivera Serna, Raúl, "Historia de la historia", en *Historia del Perú*, Lima, Juan Mejía Baca, 1980, vol. x, pp. 279-372.
- Tamayo Herrera, José, *Breve historia de un historiador (un ensayo de egohistoria)*, Lima, Centro de Estudios País y Región, 1989, 214 págs.
- Tauro, Alberto, *Enciclopedia ilustrada del Perú*, 3a. ed., Lima, Promoción Editorial Inca (PEISA), 2001, 17 vols.
- Zegarra Florez, Margarita, ed., *Mujeres y género en la historia del Perú*, Lima, Centro de Documentación sobre la Mujer, 1999, 487 págs.